

Marcos Bertorello

QUIETO EN LA ORILLA



INTERZONA



Marcos Bertorello

QUIETO EN LA ORILLA



INTERZONA

INTERZONA

Bertorello, Marcos

Quieto en la orilla. - 1a ed. - Buenos Aires : interZona editora,
2012.

80 p. ; 21x13 cm

ISBN 978-987-1920-00-6

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 18/09/2012

© Marcos Bertorello, 2012

© interZona editora, 2012

Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Edición: Elsa Drucaroff

Coordinación editorial: Virginia Ruano

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Diseño de tapa: Olivia Pierrugues

Imagen de tapa: detalle de la escultura de Claudia Fontes,
Reconstrucción del retrato de Pablo Míguez.

Reflejos de agua del Río de la Plata sobre acero inoxidable pulido
a espejo, visto desde el Parque de la Memoria.

www.parquedelamemoria.org.ar

Foto: res, 2010

Armado y composición: Hugo Pérez

ISBN 978-987-1920-00-6

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Para Juanpe, mi hijo.





1

En principio habría que decir que Constantino era un ser humano. Y aunque suene a redundancia, era cierto: Constantino era un ser humano. Y decir que Constantino era un ser humano es lo mismo que decir que Constantino era peronista. Las dos cosas iban juntas, Constantino era un ser humano y era peronista. Y porque era un ser humano y porque era peronista, por las dos circunstancias –de última, si lo pensamos un poco más detenidamente, tal vez haciendo algo de teoría improvisada, o queriendo ir al nudo de la cuestión (de cualquier modo, una vez más, ser humano y ser peronista no son más que trivialidades, o si se quiere, circunstancias fortuitas, contingentes, sería la palabra técnica)– entonces, porque Constantino era un ser humano y peronista, decíamos, es por eso que vivía con sentimientos dilemáticos. Pero Constantino había aprendido la lección. Tal vez la única lección que le había enseñado su padre, allá lejos y hace tiempo, en Macachín, un pueblo en la hoy llamada provincia de La Pampa, pero que, en aquellos años –estamos hablando de 1947– era conocida como Territorio Nacional. El padre de Constantino manejaba un camión. Había nacido en Junín, pero desde hacía un tiempo largo vivía ahí, en ese pueblo lejano en el que no pasaba nada y en el que, sobre todo, daba la impresión de que nunca iba a pasar nada. El padre de Constantino se había casado. Y con esa mujer había tenido cinco hijos. Pero el padre de Constantino viajaba mucho: una semana afuera; una semana en Macachín. A veces era más tiempo, quince días y quince días. Nunca estaba más de quince días con su mujer y sus hijos. Es verdad que nadie lo extrañaba. Es decir, no es

que Constantino, o la madre, o los hijos, sintieran que ese ritmo de vida del padre fuera algo anormal, o que mereciera algún tipo de objeción. Y en todo caso si merecía algún tipo de objeción o si alguien pensaba que lo que hacía el padre era anormal, nadie lo decía. Pero un día, Constantino se enteró por qué el padre viajaba tanto. Y cuando lo supo, en verdad, se dio cuenta de que era algo que había supuesto desde siempre, que aunque nadie le había explicado nada, él, que era el hijo mayor, tenía una sospecha más o menos fundada de por qué su padre nunca estaba más de quince días en la casa con su mujer y con sus hijos. Sería un exceso de literatura si dijéramos que se enteró de casualidad, porque no fue casualidad. Tampoco fue que Constantino quisiera enterarse. En todo caso, si tuviéramos que dar alguna opinión, es decir, si alguien nos preguntara, un poco así, como se preguntan ese tipo de cosas (¿por qué fue que Constantino se enteró de lo de su padre?), diríamos lo que muchos años después le diría una prostituta a Constantino: tu viejo hizo todo como para que lo supieras. Y visto a la distancia que nos da el tiempo, lo que dijo aquella mujer parece razonable. Constantino tenía diez años. Ese día, salió de la escuela como todos los días, a las doce y veinte. Agarró la bicicleta. Desde la escuela del pueblo hasta su casa, había unas cinco cuadras; siempre que se hiciera el camino directo: cruzar la plaza en diagonal, agarrar la calle que estaba al lado de la Municipalidad, seguir derecho una, dos, tres cuadras, doblar a la izquierda. Y ahí, a unos metros, estaba el rancho decrepito donde vivían Constantino, su madre y sus hermanos. Pero esa vez, no sabemos bien el motivo, Constantino hizo otro trayecto. Si fuéramos justos con nuestro propósito –es decir, si quisiéramos ser fieles a nuestro deseo imposible de narrar los pormenores de un acontecimiento–, tendríamos que decir que en la conducta de Constantino no hubo nada especial. Es típico interpretar los hechos a partir de sus efectos. Pero eso es un error. O una manera de engañarnos. La realidad, mal que nos pese a nosotros, a los que intentamos escribir esta historia, detesta las simetrías. Y las historias son cualquier cosa, menos simétricas. Entonces,

volviendo a Constantino, a aquel mediodía, el mediodía en el que cambió el trayecto de su recorrido diario en bicicleta, y dobló para su derecha, y se fue lejos, fuera del pueblo, hasta una arboleda raquítica como las que imaginamos que habría en un lugar como Macachín (árboles no muy altos, pocos, viejos), en fin, podemos decir, entonces, que en Constantino, en la conducta de Constantino, no hubo nada que pudiera leerse como un signo de lucidez. Ahora lo podemos ver bien nítido, como si estuviera sucediendo en este mismo instante: Constantino deja tirada la bicicleta a un costado del camino de tierra. De uno de los bolsillos del guardapolvo blanco, saca un cigarrillo. Del otro, saca una caja de fósforos. Enciende el cigarrillo. Da una pitada. No sabe tragar el humo. Siente un cosquilleo inaguantable en su garganta. Tose. Duda. Y ahora, nosotros, al revés de Constantino, podemos decir que en aquella primera pitada, Constantino se desilusionó. Más difícil resultaría, en todo caso, saber en qué consistía esa desilusión. Pero el hecho de estar del otro lado del papel, acá, en este lugar, diríamos, inmaculado (el mismo desde el que, unas cuantas páginas más adelante, podremos sospechar y hasta creer entender cómo fue que Constantino pudo sentir lo que sintió en el momento en el que se encontró cara a cara con el Guerrillero), ese lugar, precisamente, desde el que se puede conjeturar hasta lo inaguantable, el hecho de estar del otro lado del papel, como decíamos hace un rato, nos da la posibilidad de esbozar alguna teoría acerca de la desilusión de Constantino. Aunque no lo vamos a hacer. No tiene sentido. Porque no importa saber por qué Constantino se desilusionó de esa primera pitada. Más, cuando, en seguida, dio otra. Y otra. Y otra más. Hasta que aprendió a fumar. Entonces, Constantino se puso a jugar como si alguien lo estuviera viendo. Se imaginó caminando en la plaza del pueblo. Y dio una pitada. Y largó el humo. Y comenzó a caminar al costado del alambrado, mirando hacia delante, tratando de imitar el movimiento calculado y a la vez torpe de los muchachos, esos muchachos que veía, todos los viernes por la tarde, en la plaza, frente a la iglesia, un poco antes de que el cura comenzara a llamar a la gente

para que fuera a la parroquia, no sabemos bien para qué, aunque podríamos suponerlo. Y así estaba Constantino, cuando, de repente, vio a su padre. Mejor dicho, primero vio el camión de su padre. Lo vio venir por el camino de tierra, levantando polvo, a unos metros de la arboleda donde Constantino jugaba a hacerse el grande. Como es de suponer, Constantino, de inmediato, tiró el cigarrillo al suelo, y lo pisó con la alpargata. Esperó. El camión de su padre fue bajando la velocidad a medida que se iba acercando, hasta que se detuvo justo en la arboleda. Se abrió la puerta. Constantino vio que su padre bajaba del camión. ¿Qué hace usted acá?, dijo el padre. Constantino agachó la mirada. Nada, dijo, es que estoy pensando. Entonces, el padre le dio un pequeño golpe en la cabeza. Fue un golpe suave, más bien cariñoso, un golpe que Constantino conocía bien, el típico modo que tenía el padre para demostrar que estaba sorprendido por algo, pero no enojado. Vamos, dijo el padre, suba que lo alcanzo. Constantino subió a la cabina del camión. Y fue ahí, en ese milésimo de segundo en el que entró a la cabina del camión, sin ver que contra la otra ventanilla –es decir, la ventanilla del acompañante– había otra persona: ahí escuchó por primera vez el tango *Fuimos*, de Manzi y Dames, interpretado por la orquesta de Aníbal Troilo y cantado por Roberto Goyeneche. Este detalle, para Constantino, va a resultar crucial aunque inexacto. Y nosotros –los que decidimos contar los pormenores de esta historia– nos encontramos con el inconveniente de no saber cómo juzgar este desliz. Pongamos las cosas en claro: para Constantino –como si se tratara de los melodramas del cine nacional– la escena en la que entra a la cabina del camión de su padre y se encuentra con la persona que se encontró, toda esa escena, tiene la música y la letra del tango *Fuimos* en la voz del polaco Goyeneche. Pero nosotros, que estamos del otro lado del papel, tenemos la desagradable responsabilidad de aclarar que ni una cosa –que pudiera existir una radio en la cabina de un camión en el año 1947–, ni la otra –que Goyeneche pueda cantar ese tango en el año 1947– son probables. Todo esto tendría sentido, por otro lado, si nos importaran algo los anacronismos. Pero a los

efectos de narrar los pormenores que nos interesan, estos detalles no son más que un decorado. En cualquier caso, Constantino, después de cargar la bicicleta en la caja del camión, entró a la cabina y se sentó en el medio del enorme asiento, con la palanca de cambio entre las piernas. Después, se dio cuenta de que del otro lado (es decir, a su derecha, contra la ventanilla del lugar del acompañante), había una mujer. Constantino no consiguió levantar la cabeza, seguía mirando hacia abajo, concentrado en el agujero en el piso por donde entraba la palanca de cambio. El padre habló. ¿Qué no le enseñan modales en la escuela a usted?, y largó una risita cómplice. Constantino oyó, también por sobre la música de Troilo que supuestamente sonaba a todo lo que da por la supuesta radio del camión, la risa de la mujer. Entonces, sí, se animó a mirarla. Y se dio cuenta de que era una mujer joven y hermosa, tenía el pelo negro, muy negro, agarrado en un rodete, y los labios pintados de rojo. Marta, dijo la mujer, mientras acariciaba la mejilla de Constantino, una amiga de tu papá. Después fueron por el camino de tierra hasta la entrada del pueblo. El padre agarró un paquete de cigarrillos que había contra el parabrisas, ahí nomás del volante. Sacó uno; se lo metió en la boca. Después le alcanzó el paquete a la mujer. La mujer sacó uno, lo encendió, y devolvió el paquete al mismo lugar de antes. Al rato, Constantino advirtió que la cabina se llenaba del olor y el humo de los cigarrillos. ¿En qué grado estás?, preguntó la mujer mientras daba una pitada. En cuarto, dijo Constantino. ¿Y qué vas a hacer cuando seas grande?, preguntó la mujer mientras sacaba la mano por la ventanilla. Policía, dijo Constantino. Y entonces el padre pegó una frenada. Ayudó a Constantino a bajar la bicicleta. Salude, dijo el padre. Constantino se acercó hasta la ventanilla de la mujer. La mujer tiró el cigarrillo que no había terminado de fumar. Bajó. Y le dio un beso en la mejilla. Chau, dijo, otro día nos vemos con más tiempo. Y antes de subirse a la bicicleta, el padre lo agarró del cuello y lo apartó un poco de la vista de la mujer. Lo miró a los ojos. Sacó el paquete de cigarrillos. Le ofreció uno. Para la vuelta, dijo y guiñó un ojo. Entonces, Constantino esperó hasta que el

camión del padre se fuera perdiendo por el camino de tierra que comunicaba Macachín con la ruta provincial que, a su vez, se comunicaba con la ruta nacional, para después guardarse el cigarrillo que le había dado su padre en el bolsillo del guardapolvos, subirse a la bicicleta, ir pedaleando por una calle, recorrer unas cuadras, doblar a la izquierda, hacer unos metros y llegar, por fin, unos veinte minutos más tarde, a la puerta del rancho decrepito en el que vivía con sus hermanos y su madre. Pero habíamos dicho que ese encuentro con el padre y Marta había significado una lección para Constantino. No lo dijimos en estos términos. No usamos ni la palabra *encuentro*, ni la palabra *significado*. Y ahora sí las usamos. Tal vez porque ahora entendemos que ese pequeño episodio en el que Constantino supo que su padre tenía otra mujer podía ser aquel episodio inicial en el que Constantino comprendió qué eran los sentimientos dilemáticos. Hay que aclarar algo, antes de seguir. Todo esto de los sentimientos dilemáticos, todo lo que vamos a referir a partir de ahora, casi diríamos uno de los pilares en los que se sostiene nuestra historia, no es más que una pura conjetura. Una conjetura cierta; pero conjetura al fin. Queremos decir: entre el Constantino que llegó a su casa después de haberse encontrado con su padre acompañado de una mujer joven y atractiva, y todo lo que vamos a decir acerca del significado de ese episodio, no hay más relación que la que puede haber entre una pared blanca y la pintura con la que se la pintó. Y sin embargo –y a pesar de este abismo: entre la causa y el efecto no hay más relación que la contigüidad, lo que no explica, en absoluto, que una cosa tenga que ver con otra o, si tuviera, cuál es la medida o la razón de esa relación–, y sin embargo, decíamos, parece probable y hasta cierto suponer que Constantino, en el mismo momento en el que se bajó de la bicicleta, abrió la puerta destartalada del jardín y entró al rancho, en ese mismísimo momento, entendió lo siguiente: que esa mujer era la amante de su padre; que las ausencias de su padre no tenían que ver con el trabajo; que su padre estaba enamorado de esa mujer; que su padre no sabía cómo hacer para llevar una vida en

la que una mujer con cinco hijos y una amante joven y atractiva pudieran ser opciones que no se excluyeran. Pero además, Constantino supo lo que eran los sentimientos dilemáticos. Y lo supo en su propio cuerpo. Entró al rancho. Su madre lo miró; estaba delante de la cocina económica, moviendo la cuchara de madera dentro de una olla de hierro. ¿Dónde se metió?, le preguntó con un tono duro, semejante al de su mirada. Sabemos lo que respondió Constantino; dijo: me fui a dar una vuelta. Y también sabemos lo que hizo después. Salió de la cocina. Entró al otro cuarto, donde estaban sus hermanos. Se tiró en una cama. Puso sus manos detrás de su cabeza. Miró las chapas del techo. Cerró los ojos. Al rato, la madre llamó a comer. Y se sentaron a la mesa –menos el hermano más chico, de dos años, que se quedó a upa de la madre–. La madre sirvió el guiso en los platos enlozados. Y comieron en silencio. Nosotros creemos que no sería una exageración –menos, un despropósito– suponer dos cosas respecto de Constantino. Suponemos que Constantino entendió qué eran los sentimientos dilemáticos, y que al mismo tiempo que sentía esto –esta sería nuestra segunda suposición–, Constantino aprendía qué era lo que debía hacerse con dichos sentimientos. Esta es, precisamente, la lección que aprendió de su padre: ante un sentimiento dilemático no hay más remedio que suprimir uno de los dos términos del dilema. Una vez que terminó de comer, salió del rancho, agarró la bicicleta, volvió a la arboleda raquílica donde había encontrado a su padre y se tiró en la tierra a fumar el cigarrillo. Desde ese día y hasta el día de su muerte –exactamente, cuarenta y ocho años después– le quedaría la estricta necesidad de fumar todo el tiempo. Y sin forzar mucho las cosas podríamos agregar, además, que entre el hábito de fumar –tener en el paladar como un gusto pastoso, sentir un hormigueo en las piernas, despertarse a la madrugada y no recuperar la cordura hasta no encender un cigarrillo– y esos sentimientos dilemáticos cabría suponer que existía una relación, no decimos, necesaria, pero sí, fundamental. Constantino creció así, fumando como un escuerzo y simulando que las contradicciones de la vida no eran

contradicciones. A los doce años, el padre lo mandó a un colegio pupilo en Buenos Aries, cerca de la casa de una tía abuela. Constantino llegó al tercer año y dijo que quería ser policía. Al padre –que lo visitaba regularmente, siempre acompañado de Marta– le pareció una buena idea. Y entonces, con el apoyo financiero del padre y de Marta, Constantino hizo la carrera de policía en la escuela Ramón L. Falcón. La hizo con buenas notas y con muy buena consideración de sus superiores. Constantino se había convertido en un muchacho serio y callado. Su discreción, además, no le impedía hacer lo que hacían los otros muchachos: jugar al fútbol, ir a bailar tango, visitar un prostíbulo en Chacarita. Una mirada superficial de la vida de Constantino daría un cuadro de situación al menos desajustado. En este sentido, alguien podría suponer que Constantino no era más que un inocente muchacho de provincia trágicamente devenido en el alcahuete del ejército que apresó al Guerrillero. Y nosotros –es decir, los que cargamos sobre nuestros hombros la difícil tarea de narrar los pormenores de esta historia– estamos convencidos de algo: la vida de Constantino –como la vida de cualquier ser humano pero que además, es peronista– puede ser cualquier cosa, menos inocente. En consecuencia el problema crucial sería, sobre todo, estético: de qué modo se puede traducir en palabras ese conglomerado de contradicciones que resultó ser la vida de Constantino. Y en esta tesitura –es decir: queriendo dejar constancia de que Constantino no era inocente– podríamos agregar una serie de episodios. Constantino abandonó el rancho decrepito de Macachín, un lunes por la mañana; tenía doce años. Fue el día que partió hacia Buenos Aires con rumbo al colegio pupilo en donde lo había anotado el padre. Constantino saludó a sus hermanos y a su madre con un beso en la mejilla. Fue un beso discreto, diríamos nosotros. O al menos, no fue un saludo en el que se demostrara, a simple vista, la envergadura de la despedida. Por otra parte, si consideramos el hecho de que nunca más se volvieron a ver –una salvedad: unos años después del apresamiento del Guerrillero, Constantino creyó ver a uno de sus hermanos en Constitución–, podríamos conjeturar,

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA